

solvió esperar á este príncipe, que habia adquirido celebridad por diferentes hazañas contra los sarracenos. El de Chipre no llegó hasta el mes de Marzo de 1363. Entonces declaró el rey Juan que tenia resuelto de mucho tiempo atrás el pasar á ultramar; rogó al Papa que le cruzara, y prometió con juramento partir dentro de dos años. También se cruzaron el cardenal de Perigord y otros muchos señores. En consecuencia publicó el Papa una cruzada general, y nombró caudillo de la expedición á Juan, y legado al cardenal de Perigord. Igualmente se cruzó Valdemaro III, rey de Dinamarca, que llegó por entonces á Aviñon; y tomando Urbano bajo la protección de la Santa Sede la persona y reino de dicho príncipe, dió comisión á varios obispos para que lanzaran censuras contra los que le eran rebeldes. Le entregó la rosa de oro y varias reliquias para las iglesias de Dinamarca, particularmente algunos cabellos y vestiduras de la Virgen, un *lignum crucis* y una parte de las reliquias de San Juan Bautista. Habiendo sabido los sarracenos los preparativos que se hacían contra ellos, apesaron multitud de cristianos en Egipto y Siria y los atormentaron mucho, viniendo á reducirse casi á esto todo el resultado de aquella empresa.

No obstante, el rey de Chipre no omitió diligencia para asegurar el buen logro de ella. Fue á exhortar al emperador y á los reyes de Inglaterra, Polonia y Hungría que se cruzaran; pero solamente le dieron promesas y ningún auxilio efectivo. También procuró terminar la guerra entre la Santa Sede y Bernabé Visconti, duque de Milán. El objeto principal de esta contienda, era la usurpación de Bolonia y algunas otras plazas que habian sacudido el yugo del Papa para entregarse á Visconti. Además, se acusaba á éste de proteger á los hereges, de haber maltratado indignamente al arzobispo de Milán y ejercido muchas crueldades con sacerdotes y religiosos, de haber prohibido toda colación de los obispos y otras prelacias sin su permiso, de haber obligado á un sacerdote á lanzar anatema contra el Papa Inocencio y los cardenales, y por último, de haber vedado, pena de la hoguera, ir á la corte del Papa á solicitar gracias ó hacer acto de sumisión. Después de varios trámites, el Papa Inocencio habia lanzado anatema contra él, en Noviembre de 1360; pero él despreció esta censura. En consecuencia, Urbano V, le emplazó para el 1.º de Marzo de 1363; y llegado este día, como Visconti no habia enviado mas que disculpas insuficientes, se dió sentencia contra él, condenándole como herege y declarándole privado de todas sus dignidades y derechos. En seguida mandó el Papa predicar la cruzada en Alemania é Italia contra él, y escribió al legado Gil de Alborno: "Nos no permitimos que se predique la cruzada de ultramar hasta que se concluya la cuestion de este herege por las armas ó por su conversión." Los reyes de Francia y Chipre; mientras estuvieron en Aviñon, concertaron con el Papa enviar embajadores á Italia para negociar la paz. Uno de estos

era el Beato Pedro Tomás, legado en Chipre, que habia acompañado al rey á la corte de Aviñon. Halló al legado resuelto á continuar la guerra, y á Visconti furioso contra la Iglesia; pero hizo de modo que determinó á este último á someterse, y después de largas negociaciones, se ajustó la paz en Marzo de 1364 por medio de un tratado cuyas condiciones eran, que Visconti restituyese las plazas de Bolonia, Módena y las otras de la Romana, y que el Papa por su parte le pagase la suma de quinientos mil florines de oro en el término de ocho años, es decir, sesenta y dos mil y quinientos en cada uno. Mediante este tratado fué absuelto Visconti de todas las censuras, y repuesto en todos sus derechos (1). Parecia que esta paz quitaba todos los obstáculos para la cruzada de ultramar; pero la muerte del rey Juan y del cardenal de Perigord desvaneció al punto todas las esperanzas. Habiendo sabido el rey la fuga de su hijo el duque de Anjou, que habia dejado en rehén al rey de Inglaterra, quiso manifestar que no habia tenido ninguna parte en esta falta de lo prometido; y por una determinación mas generosa que prudente, volvió el mismo á Londres. A poco cayó malo y murió el día 8 de Abril de 1364, sucediéndole su hijo príncipe de Gales, duque de Normandía, quien por el acierto y felicidad de su reinado, fué llamado el Sabio. En reemplazo del cardenal de Perigord nombró el Papa legado de la cruzada al Beato Pedro Tomás, y le dió el título de patriarca de Constantinopla con las rentas de los obispos de Coron y Negropono. Mas adelante confirió al rey de Chipre el título de general del ejército. A ruego del Papa pasó el emperador á Aviñon con gran séquito en la primavera siguiente, y el rey Carlos envió al duque de Anjou, y otros varios señores y prelados. Se deliberó largamente sobre los medios de restablecer la tranquilidad en Europa y recobrar la Tierra Santa, y el emperador propuso enviar á la cruzada las compañías blancas de grado ó por fuerza, prometiendo pagar los gastos del pasaje; pero no pudo llevarse á cabo este proyecto.

Entre tanto, el legado habia acudido á Venecia en el término señalado para la partida, es decir, en el mes de Marzo de 1365, y tambien se habian reunido multitud de señores y otros cruzados para esperar al rey de Chipre; pero este príncipe no llegó hasta después de espirado el término, cuando ya se habian retirado los mas de aquellos cansados de la tardanza. Tuvo que partir de Venecia con dos galeras y las pocas tropas que habia podido reunir á sus expensas, y fué á desembarcar á Rodas, á donde le llevó su hermano rey de Rodas le aprontó considerables de Chipre; además, el gran maestro de Rodas le aprontó cien caballeros; con todo eso el ejército no subia mas que á diez mil peones y mil cuatrocientos ginetes. La flota se componia de unas cien velas. Durante este tiempo no omitió

(1) Cont. Nant.—Villan.—Froiss.—Raim.

el legado ningun medio para atraer las bendiciones del cielo sobre aquella empresa. Estaba incansablemente ocupado en predicar, confesar y exhortar á los soldados y marineros. Unos dias antes de partir comulgaba de su mano los señores y toda la nobleza, y muchos que no se habian confesado en quince ó veinte años, lo hicieron entonces con todas las señales de arrepentimiento. Al levantarse las montó en la galera del rey el legado con todos los eclesiásticos, dió la bendición á la flota, y dijo una larga oracion para implorar el auxilio divino contra los infieles. Estando en alta mar declaró el rey que habia resuelto en un consejo privado ir á Alejandria. Artilaron allí el 2 de Octubre de 1365, á los cuatro dias de navegacion, y al siguiente tomaron los cristianos la ciudad. Los sarracenos se presentaron al principio en batalla para oponerse al desembarco; pero no tardaron en encerrarse dentro de los muros, y luego, viendo que los sitiadores prendian fuego á las puertas, abandonaron las murallas y se retiraron casi todos á Babilonia, es decir, al Cairo. El combate no duró mas que una hora, y no murió ni siquiera un cristiano. Sin embargo, como el enemigo conservaba aún una parte de la ciudad, separada de lo demas por un brazo del Nilo, y habia pocas tropas para guardar la plaza, los mas de los señores, particularmente los ingleses y el comandante de los caballeros de Rodas, fueron de parecer que no debian exponerse temerariamente á sostener un sitio contra los sarracenos, los cuales no dejarían de volver bien pronto con un ejército innumerable.

Contentáronse, pues, con saquear la ciudad, de la que sacaron riquísimo botin, porque era como el emporio de todo el comercio de Oriente; y los cruzados, á pesar del dictamen del rey y del legado, que estaba inconsolable, abandonaron á Alejandria á los cuatro dias y volvieron á Chipre. Aquí murió el legado Pedro Tomás el dia 6 de Enero de 1366. No ha sido canonizado en forma; pero la congregacion de rios ha autorizado á los carmelitas para venerarle como beato. La conquista de Alejandria, aunque abandonada tan pronto, causó vicios recelos al soldan de Egipto, quien ajustó alianza con los turcos para echar de Levante al rey de Chipra y á los de Rodas. Con esta nueva escribió el Pontífice Urbano á todas partes, y no hubo medio que no practicase para proporcionarles auxilios; pero todas sus diligencias produjeron poco fruto, y aconsejó al rey de Chipre que ajustara paces ó la tregua mas provechosa que pudiese con el soldan.

Por esta misma época, á pesar del dictamen del rey y del legado, que estaba inconsolable, abandonaron á Alejandria á los cuatro dias y volvieron á Chipre. Aquí murió el legado Pedro Tomás el dia 6 de Enero de 1366. No ha sido canonizado en forma; pero la congregacion de rios ha autorizado á los carmelitas para venerarle como beato. La conquista de Alejandria, aunque abandonada tan pronto, causó vicios recelos al soldan de Egipto, quien ajustó alianza con los turcos para echar de Levante al rey de Chipra y á los de Rodas. Con esta nueva escribió el Pontífice Urbano á todas partes, y no hubo medio que no practicase para proporcionarles auxilios; pero todas sus diligencias produjeron poco fruto, y aconsejó al rey de Chipre que ajustara paces ó la tregua mas provechosa que pudiese con el soldan.

ddra, y mortificaba su cuerpo con frecuentes ayunos y vigílias. Su caridad para con los pobres no tenia límites: los visitaba en los hospitales ó en sus chozas; y mantenía á muchos sirviéndoles el mismo la comida. También hizo una multitud de fundaciones piadosas y donativos á las iglesias. Comulgaba todos los meses; se confesaba dos veces á la semana, rezaba todos los dias el oficio canónico y el de la Virgen, y oía ordinariamente tres misas. Con una vida tan santa llegaron sus partidarios á mirarle como mártir, y algunos religiosos mendicantes hicieron conmemoracion de él en el santo sacrificio y exhortaron á los pueblos á visitar su sepulcro, donde decian que se obraban milagros. El Papa Urbano expidió una bula á todos los obispos de Bretaña en el año 1366, prohibiendo este culto no autorizado; mas al siguiente mandó, á ruego del rey de Francia, hacer informaciones sobre las virtudes y milagros de Carlos de Blois, que se probaron por las deposiciones de ciento treinta y dos testigos. Con todo, no fué canonizado.

Hacia mucho tiempo que el rey de Castilla D. Pedro el Cruel se habia grangeado el odio de sus vasallos por su tiranía y vida licenciosa, y sobre todo por una multitud de muertes. No perdonó á sus parientes ni á su esposa Blanca de Borbón, princesa cumplida, de quien se habia separado pocos dias despues de casado para vivir adúlteramente. El Papa Inocencio le habia escrito y enviado legados para mandarle que abandonara á su concubina y llamase á su lado á la reina, á quien tenia encerrada. D. Pedro, despues de haber despreciado las censuras eclesiásticas, viendo que los señores tomaban las armas contra él, aparentó ceder en 1355; pero poco á poco tornó á sus primeros desórdenes, hizo encerrar de nuevo á la reina, y recibidas nuevas amonestaciones del Papa en 1356 y 1359, en vez de obedecer y dar satisfaccion por sus crímenes, mandó quitar la vida á la reina con veneno. El sumo Pontífice trabajó por su parte inútilmente para poner término á la guerra que habia declarado este monarca al de Aragon, y á las crueldades cometidas por sus tropas con los prisioneros. Al efecto, envió un legado con cartas en 1363, y repitió las mismas diligencias en 1366; pero siempre sin fruto: al fin, se encendió la guerra civil, y solo á tanta costa quedó libre Castilla de este príncipe cruel. Su hermano natural Enrique de Trastámara, que se habia refugiado en Francia huyendo de su crueldad, intentó destronarle y renovar la muerte de su madre Doña Leonor de Guzman, á cuyo fin solicitó la ayuda de Carlos V. Este tenía tambien que tomar venganza de la muerte de Blanca de Borbón, y además creyó que la ocasión era oportuna para libertar la Francia de las compañías blancas. Fue, pues, D. Guiesclin á buscar á estos foragidos, y los exhortó á que marcharan bajo sus órdenes á pelear contra D. Pedro el Cruel, y en seguida, contra los moros. No le costó trabajo persuadirlos; pero antes de partir hicieron una demostracion de amenaza contra Avignon en

1365. El Papa envió un cardenal para negociar con Duguesclin, y este respondió en nombre de las tropas, que disponiéndose á marchar contra los moros, pedían la absolución general y una suma de doscientas mil libras. Se envió la mitad de esta cantidad á Duguesclin, el cual quedó contento; pero sabiendo que la habían apropiado los habitantes del estado seglar, mandó restituírsela, y declaró que tocaba á los eclesiásticos contribuir para una guerra emprendida en favor de la religion. Así la corte pontificia tuvo que pagar las cien mil libras. Entonces las tropas se pusieron en marcha para Castilla; buena parte de este reino se levantó contra D. Pedro el Cruel, y despues de unos tres años de guerra, le mató su hermano Enrique por su propia mano, y manchado así con la sangre del rey, ocupó, siendo bastardo, el trono que trasmitió á sus descendientes (1).

El Pontífice Urbano se dedicó á restablecer la disciplina y á reformar los abusos, particularmente la pluralidad de beneficios y la no residencia, para cuyo efecto mandó á los metropolitanos por rescripto del año 1364, que tuvieran concilios provinciales y dieran cuenta á la Santa Sede de todo lo que se determinase en ellos: "Porque desde que la negligencia, dice, ha interrumpido esta costumbre, hormiguan los vicios en todas partes, se acaba la devoción de los pueblos, se desatiende el servicio divino, disminuye la libertad de la Iglesia, el clero es maltratado por los seglares, y sus bienes usurpados." Ademas mandó el Papa á todos los clérigos poseedores de beneficios, ó con expectativas para obtenerlos, que entregaran á sus respectivos obispos una lista exacta de dichos beneficios con el cómputo de sus rentas, á fin de que los metropolitanos la remitiesen á la Santa Sede. Al año siguiente se tuvo en Angers un concilio de la provincia de Tours, que publicó treinta y cuatro artículos de estatutos: los primeros se refieren á los procedimientos eclesiásticos, y manifiestan hasta qué punto llevaban los clérigos los enredos forenses en dicha provincia: otros artículos tratan de los privilegios é inmunidades eclesiásticas, y los mas tienen por objeto la reforma clerical. Se prohíbe á los eclesiásticos llevar trages lujosos y mudanos, y la sotana abierta por arriba ó demasiado corta, debiendo llegar á lo menos hasta mas abajo de la rodilla. A los canónigos reglares se les manda llevar sobrepelliz en todo tiempo y lugar. A los curas párrocos se les prescribe la residencia, pena de privación de sus rentas si la ausencia dura un mes, y de pérdida de los beneficios si pasa de seis. Se les manda rezar el oficio de difuntos todos los dias de feria, y á los cabildos que canten diariamente el oficio de la Virgen, excepto en las festividades solemnes y en adviento. Se regulan los derechos de los arcedianos á la muerte de los curas, y se les prohíbe tomar nada

(1) Con. Nang.—Walsingh.—Rinald.

por examinarlos. Se renovó la excomunion contra los clérigos concubinarios. Se manda á los que obtengan expectativas ó provisiones en la curia romana, que las pongan de manifiesto en el término de seis meses lo mas tarde. Queda prohibido á todos los eclesiásticos, aun á los prelados, tener mas de dos platos á su comida. Por último, vemos por otro artículo, que estaba severamente prohibido el uso de la manteeca y de la leche en tiempo de enaresma, y aun el concilio hace de la trasgresion un caso reservado.

Los obispos de las provincias de Auch, Tolosa y Narbona celebraron otro concilio en Lavaur el año 1368: en él se publicaron muchos estatutos precedidos de una instruccion para los curas párrocos, que contiene en resumen lo que deben enseñar principalmente á los pueblos. Divídese en tres partes: la primera relativa á la fé y á los sacramentos, la segunda á las virtudes y vicios, á los pecados capitales, la oracion dominical, las bienaventuranzas y los dones del Espíritu Santo; y la tercera es respectiva á los mandamientos de la ley de Dios. Se ve que esta instruccion encierra todas las materias del catecismo, y la precision de su doctrina manifiesta la inalterable perpetuidad de la enseñanza católica. Es de notar particularmente en ella respecto de los sacramentos, que el Salvador los instituyó todos, y que la confirmacion y la extremacion fueron promulgadas por los apóstoles; que el bautismo, ya real, ya de deseo, es de absoluta necesidad; que deben confesarse los pecados al sacerdote para que sean perdonados; que la materia, la forma y el ministro son de esencia de los sacramentos, y que es menester estar en gracia para administrarlos. Por lo que mira á la fé, enseña el concilio que están obligados los cristianos á tener conocimiento y fé explicita de los misterios de la Trinidad y Encarnacion.

Los estatutos que se siguen á esta instruccion comprenden ciento treinta y dos artículos, muchos de ellos sacados de los concilios de Avinion de 1326 y 1337. Se condenan en particular las usurpaciones de la jurisdiccion eclesiástica, y segun lo dispuesto en el concilio de Viena, se mantienen los derechos de los curas párrocos á una parte de las ofrendas hechas á los religiosos por las sepulturas. Decláranse excomulgados los que se casen fuera de su parroquia, y se confirma la prohibicion de que los regulares mendicantes pasen á otras órdenes para tener beneficios ó pensiones. Se prescribe á los clérigos la abstencion del sábado. Cuando el cura dice misa en su iglesia, debe asistirle por lo menos un clérigo con sobrepelliz. Se prohíbe á todo el que obtiene un curato por nombramiento de un patrono, ejercer ninguna funcion del ministerio parroquial sin recibir la institucion del obispo. Los curas deberán amonestar y amenazar con excomunion á los fieles que falten dos domingos consecutivos á la misa parroquial. Se prohíbe conferir las órdenes á los que no saben latín. Finalmente, previene un ar-

artículo, que todo cabildo, catedral ó colegial que tenga diez canónigos, envíe dos á las universidades á estudiar teología ó cánones, sin que por esta ausencia pierdan mas que las distribuciones diarias.

En virtud de las órdenes de Urbano V, se congregaron otros varios concilios; ya en Francia, ya en los demás países, siendo de mencionar particularmente el de York en el año 1367, donde se hicieron diferentes estatutos relativos al trage eclesiástico, á los procedimientos en causas matrimoniales, á las reuniones profanas en los cementerios y á algunos otros abusos. El arzobispo de Cantorbery habia tenido dos concilios en 1362: el uno publicó una constitucion prohibiendo los mercados en dias festivos, y el otro fijó los derechos de los sacerdotes por los aniversarios ó otros officios, con orden de no exigir nada mas. El Papa quiso tambien reformar los abusos en la universidad de Paris, y al efecto nombró en 1366 dos cardenales, que formaron un reglamento acerca de la conducta de los estudiantes, y las condiciones requeridas para graduarse. Es de notar que los estudiantes deben sentarse en el suelo segun la antigua costumbre, y no en bancos; que los bachilleres en teología deben llevar un trage conforme á su grado, y los que aspiran á licenciarse en artes, un manto sobre la sotana. En este mismo año hicieron los religiosos franciscanos tantas conversiones en la Bulgaria, que en cincuenta dias bautizaron mas de dos mil personas y redujeron á una porcion de ismáticos. El rey Luis de Hungria acababa de conquistar esta provincia llena de paganos y maniqueos, y escribió al general de la orden de San Francisco pidiéndole mas misioneros.

Desde el principio de su pontificado habia manifestado Urbano V la resolucion de fijar su residencia en Roma, y en cuanto hubo concluido los asuntos de la cruzada, mandó reparar el palacio apostólico, y en 1366 envió criados así á Viterbo como á Roma, á fin de disponer todo lo necesario para la instalacion de la corte pontificia, señalando la primavera del año siguiente para su partida. Al mismo tiempo escribió al emperador que habia ofrecido acompañarle con sus tropas á Italia, rogándole que se pusiera pronto en camino. Salida esta resolucion del sumo Pontífice, se esforzó el rey Carlos V por disuadirle y le envió á Nicolás Oresme, doctor de Paris, el cual pronunció una difusa y empalagosa arenga replegada de citas y argumentos ridiculos; así alegaba el testimonio que de Julio César al espíritu religioso de los galos, la proteccion que habian encontrado siempre los Papas en Francia contra los enemigos de la Iglesia, la restauracion de los estudios por la universidad de Paris, la feliz situacion de la Provenza en medio de Europa, y por último, el ejemplo de Jesucristo que habia habitado en la Judea, de donde inferia el que el Papa debia residir tambien en su patria.

Por otro lado, el Petrarca escribió al Papa una carta elocuente en nombre de los romanos, en la que reunió todos los motivos propios para confirmarle en su resolucion. Manifestábase que si era la cabeza de la Iglesia universal, tambien era obispo particular de Roma, y que su silla debia estar principalmente donde San Pedro habia fijado la suya. «Vuestra Santidad, añadió, ha restituido tantos obispos á sus iglesias; ¿no tendrá Roma tambien el suyo? Como las turbulencias de Italia eran el pretexto ordinario que se oponia á todas las instancias de los romanos, el Petrarca notaba los desórdenes cometidos en Francia por las compañías blancas, y decia al Papa: «Quando esos infames saiteadores os forzaron á rescatar á peso de oro vuestra libertad, y tal vez vuestra vida y la de vuestros cardenales, os quejasteis en pleno consistorio de que este ultraje era algo mas escandaloso que el tratamiento sufrido por Bonifacio VIII, y teniais razon de hablar así. Presenta la Italia un ejemplo de semejante atentado?» Por último, le exhortaba á que pensara en la cuenta que habria de dar en el juicio de Dios.

Algunos años despues murió el Petrarca, célebre por sus poesías y otros diferentes escritos, entre ellos unos tratados sobre la vida solitaria, el desprecio del mundo y el gobierno; y una obra histórica con el título de *Cosas memorables*. Fue mucho tiempo arcediano de Parma, y luego canónigo de Padua. En sus cartas se hallan punzantes sátiras contra la corte de Avinion y el lujo y vicios de los prelados; pero la frivolidad de su vida y carácter, su imaginacion exaltada, y sobre todo, el contraste de sus poesías amorosas con su estado de canónigo, bastan para desvirtuar enteramente sus censuras y declamaciones. Nicolás Oresme, enviado de Carlos V, habia sido preceptor de este monarca, y llegó á ser obispo de Lisieux. Su principal celebridad le vino de haber traducido la Biblia en francés.

El Papa Urbano cumplió fielmente su promesa de ir á Roma. Saló de Avinion á fines de Abril de 1367, y se detuvo algunos dias en el monasterio de San Victor de Marsella, cuyo abad habia sido. Allí nombró cardenal á Guillermo de Aigrefeuille, que apenas contaba 28 años de edad; pero era bastante capaz y sobrio de un cardenal del mismo nombre, antiguo amigo del Papa y principal promotor de su elevacion á la silla pontificia. En el año anterior habia nombrado ya Urbano tres cardenales, su hermano Anglico, obispo de Avinion, un lemosin, provincial de la orden de predicadores, y Marcos de Viterbo, general de los menores de San Francisco. En Marsella habia una flota magnífica de veintitres galeras enviadas por los venecianos, genoveses y pisanos; y por la reina de Nápoles para conducir al Papa y su corte. Este se embarcó el 18 de Mayo acompañado de la mayor parte de los cardenales, aunque algunos no dejaron de murmurar; y habiendo hecho sucesivamente escala en Génova y Piombino, arribó el 3 de Junio á Corneto, don-

de recibió diputados de los romanos que iban a ofrecerle el señó de la ciudad y las llaves del castillo Santángelo. A los pocos días marchó á Viterbo, y allí residió quatro meses. Durante esta mansion en esta ciudad, confirmó la congregación de los jesuitas, recién instituida por Juan Colombino. Este piadoso fundador descendia de una familia noble de Sena, y al principio vivió poco cristianamente; pero en el año 1355, habiendo leido por casualidad la vida de santa, Maria Egipcíaca, le hizo tanta métra, que al punto resolvió convertirse. Empezó, pues, á frecuentar las iglesias y practicar grandes austeridades: dormia sobre unas tablas, llevaba un cilicio y se daba disciplina: convirtió su casa en un hospital para los enfermos y peregrinos, y les servia el mismo. Mas adelante, con el consentimiento de su muger, dió todos sus bienes á los pobres y se redujo á mendigar con Francisco Visconti, otro noble de Sena. Ambos recorrieron las ciudades y lugares de la Toscana exhortando los habitantes á la penitencia, y en breve juntaron hasta sesenta discipulos, con los cuales se presentaron en Viterbo al Papa Urbano. Este, despues de hacerlos examinar, aprobó su instituto y les dió por hábito una túnica blanca y un manto de color de tabaco. Adoptaron la regla de San Agustín, y el pueblo los llamó jesuatos, porque continuamente repetían el nombre de Jesus. Juan Colombino, murió al volver á Sena el 31 de Julio de 1367. No ha sido canonizado en forma; pero Gregorio XIII mandó insertar su nombre en el Martirologio romano. Al cabo de tres siglos, abolió el Papa Clemente IX esta congregación en el año de 1663.

Una riña particular ocurrida entre un criado de un cardenal y un vecino de Viterbo, dió ocasion á un motin de tres días. El pueblo tomó las armas contra las familias de los cardenales, y aun maltrató á algunos de estos, principalmente á los gascones; pero habiendo mandado el Papa, acercar tropas, pidieron perdón los habitantes, ahorcaron á algunos de los mas culpables, y se restableció la tranquilidad. Por fin, marchó Urbano V á Roma, donde entró el 16 de Octubre de 1367, con una escolta de dos mil hombres, y fue recibido por el clero y pueblo con extraordinarios obsequios. Primeramente se dirigió á la iglesia de San Pedro, y despues de haber ocupado, solemnemente, la silla pontificia, fué á habitar el palacio del Vaticano. La víspera de todos los Santos celebró pontificalmente el altar de San Pedro, donde no se habia celebrado desde el tiempo de Bonifacio VIII. A los pocos días envió un legado para apaciguar la guerra y las discordias que alteraban el reino de Nápoles, y le dió órdenes á fin de obligar á la residencia los prelatos de él. El 3 de Marzo del año siguiente dijo el Papa misa en San Juan de Letran, en la capilla llamada *Sancti sanctorum*, y despues mandó sacar las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, que estaban encerradas hacia mucho tiempo debajo del altar. Como las ur-

nas en que se contenian, eran muy sencillas, aunque de plata, mandó hacer dos bustos magníficos del mismo metal, de peso de mil y doscientos marcos, guarnecidos de piedras preciosas: estimábase su valor en treinta mil ducados de oro á lo menos. San Pedro está representado con la capa pontifical y la tiara, echando la bendiccion con la mano derecha, y en la izquierda tiene dos grandes llaves. Obsérvase que al volver de Letran al Vaticano, el Papa Urbano torció el camino, como habian hecho algunos predecesores suyos, para no pasar por el lugar donde se decía que habia parido la Papisa Juana; lo qual manifiesta que empezaba á desacreditarse esta fábula.

El Papa fué á pasar el verano á Montefascone cerca de Viterbo, y por Setiembre hizo una promoción de ocho cardenales, seis franceses, un romano y un inglés. Este último era Simon Linghan, arzobispo de Cantorbery, que condenó por entonces varios errores enseñados en Inglaterra, principalmente contra la necesidad de la gracia y del bautismo, el pecado original, la impecabilidad de los justos en el cielo y la eternidad de los castigos del infierno. La condenacion va dirigida al canceller de la universidad de Oxford; lo qual hace creer que algunos individuos de ésta enseñaban dichos errores. Dionisio Soulechat, religioso franciscano, que habia enseñado la doctrina de los fratricelos sobre la pobreza de Jesucristo, fué condenado por la universidad de Paris; y como despues de haberse retractado muchas veces, persistia no obstante en defender sus errores, fué preso de órden del Papa y obligado á hacer pública retractacion en la iglesia de los dominicos. El emperador Carlos IV que habia ido á Italia con un fuerte ejército para someter á los usurpadores de los Estados de la Iglesia, se incorporó por Octubre con el Papa en Viterbo, desde donde fueron á Roma para la coronacion de la emperatriz. Se celebró esta ceremonia el dia de Todos los Santos de 1368, y el emperador hizo de diácono en la misa pontifical para la presentacion del libro de los Evangelios y los corporales; pero sin leer el Evangelio, porque no tenia derecho de hacerlo mas que el dia de Navidad. No tardó en salir de la ciudad aquel principe con arreglo á sus promesas. En el mismo año, antes de entrar en Italia, habia confirmado por una bula de oro todas las donaciones de los emperadores en favor de la Iglesia romana.

A fines del verano siguiente fué á Roma el emperador de Oriente Juan Paleólogo, y el Papa le trató con mucha distincion y cariñoso. El dia 18 de Octubre hizo aquel monarca delante de cuatro cardenales diputados por el Pontífice una profesion de fé, que contenia entre otros artículos, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: que la Iglesia romana tiene la primacia sobre toda la Iglesia católica: que le corresponde decidir las cuestiones de fé; y que qualquiera que se sienta perjudicado en materia eclesiástica, puede apelar á la Santa Sede. El emperador entregó esta profesión

en griego, firmada de su puño con tinta encarnada y sellada con una bula de oro, y la confirmó con juramento; en seguida le admitieron los cardenales al ósculo de paz como verdadero católico. Al domingo siguiente concurrió con muchos griegos á la iglesia de San Pedro para oír la misa pontifical, y le recibió el Papa revestido de sus ornamentos y sentado en una silla levantada sobre las gradas. En cuanto le columbró el emperador, hizo tres genuflexiones, luego se acercó y le besó los piés, las manos y la boca. Como se temiese alguna sutileza en cuanto al nombre de Iglesia romana, porque también se llamaban romanos los griegos, Juan Paleólogo dió otra bula por Enero de 1370, en que explicando la primera, decía que entendía por Iglesia romana la que gobernaba el Papa, Urbano V. A poco tiempo se volvió el emperador á Constantinopla, y el sumo Pontífice le recomendó en sus cartas á diferentes príncipes cristianos, y particularmente á la reina de Nápoles y al príncipe de Taranto, por cuyos Estados debía pasar aquel. También le otorgó muchos privilegios, uno de ellos el tener un altar portátil, es decir, una ara consagrada, para que á su presencia dijera misa un sacerdote latino, porque los griegos no usan aras en sus altares, sino un pedazo de cuero, lienzo u otra tela consagrada para aquel uso (1).

Continuaba progresando la religion católica en la Bulgaria y provincias confinantes. Lascó, duque de Moldavia, instruido en nuestra fé por los religiosos de San Francisco, resolvió abandonar el cisma, y escribió al Papa pidiéndole que erigiera en obispado la ciudad de Cereta, y eximiera su ducado de la jurisdiccion del obispo cismático de Haliz en Rusia. Urbano dió comision al arzobispo de Praga, por un rescripto del mes de Julio de 1370, previniendo que el nuevo obispado dependeria inmediatamente de la Santa Sede, y comprehenderia toda la Moldavia. Clara, viuda de Alejandro, vaivoda de Valaquia, era muy adicta á la fé católica. Tenia dos hijas, la una casada con el rey de Bulgaria, y la otra con el de Serbia; y habiendo sabido el Papa que habia apartado del cisma y la heregía á la primera, escribió á Clara dándole la eulorabienda, y exhortándola á trabajar en la conversion de su otra hija. Tambien exhortó á Ladislaw, vaivoda de Valaquia, á que abandonara el cisma. Por último, como habian muerto la mayor parte de los misioneros de Tartaria, Urbano V envió allá en el mismo año varios religiosos franciscanos, á cuya cabeza iba Guillermo Duprat, doctor de Paris, nombrado arzobispo de Cambalu y vicario general de su órden en el Catay. Segun costumbre, les entregó Su Santidad algunas cartas para los príncipes tártaros, y otra para los obispos griegos, exhortándolos á apartarse del cisma á ejemplo de su emperador.

Tambien dió el Papa diversas medidas para restablecer la disciplina en el

(1) Chalcond.—Cont. Nang.—Rab.—Vit. Urb. vltim. comitiss y

disciplina monástica y abolir los abusos en los conventos. Los religiosos dominicos de la provincia de Ravena, queriendo que pasara por santo un religioso de su órden, hacian conmemoracion de él en el oficio y exhortaban á los pueblos á celebrar su festividad y llevar ofrendas al altar que le estaba dedicado. Otro tanto practicaban los eremitas de San Agustín respecto de un fraile á quien mató un rayo. Habéndolo sabido el Papa, escribió en 1368 al arzobispo de Ravena y sus sufragáneos, mandándoles que reprimieran aquellas demasías temerarias. Al año siguiente prohibió á todos los abades y superiores de monasterios y conventos pedir dinero ni otra cosa, por ningún pretexto, á los que solicitaban su admision en la órden, permitiendo solo tomar lo que ofrecieran espontáneamente y sin ningun pacto. Empezó el edificio de un hospital en el monte Casinó, cuyo edificio estaba casi arruinado de resultas de un temblor de tierra, y los monges hacian una vida de vagancia y enteramente inmundana. Mandó, pues, reparar el monasterio, suprimió la silla episcopal erigida en él por Juan XXII, echó á los monges relajados, y puso en su lugar otros virtuosos, sacándolos de diferentes monasterios; y en 1370 nombró abad á Andrés de Faenza, monge camandulense, famoso por su puntual observancia de la regla, sobre todo en lo tocante á la abstinencia, y que á su mucha piedad juntaba un gran tino para maudar. Al mismo tiempo hizo el Papa que se adoptara en monte Casinó el salterio galicano en vez del romano. Este era la version de la antigua Vulgata hecha por el texto de los setenta, y se llamaba así porque se habia usado mucho tiempo en Roma, donde todavía se conservaba en algunas iglesias. El salterio galicano era la version de San Gerónimo.

En el mes de Abril del mismo año 1370, partió Urbano V de Roma para Montefiascone, y apenas llegó, publicó que estaba en ánimo de volver á Avinion para procurar la paz entre Francia e Inglaterra. Pedro de Aragón, que habia abrazado el instituto de San Francisco, y pasaba por santo favorecido con el don de revelacion y milagros, luego que supo la resolution del Papa, trató de disuadirle con todas sus fuerzas. Santa Brígida, que se hallaba entonces en Montefiascone, le representó lo mismo e hizo algunas profecías. Era esta santa natural y de nobilissima familia de Suecia; á los trece años se casó con un señor joven llamado Vilson, de quien tuvo ocho hijos; luego guardaron continencia, de común consentimiento, y habiendo ido juntos en peregrinacion á Santiago de Galicia, resolvieron á la vuelta abrazar el estado religioso. Vilson murió muy en breve, y Brígida redobló las austeridades y armenó sus limosnas despues de viuda: hácia el año 1344 fundó en Vasa, diócesis de Lincoln, un monasterio para ambos sexos con el título de San Salvador, cuya dotacion habia de ser sesenta monjas y veinticinco frailes de la órden de San Agustín. Les dió una re-

gla que decía haberle sido revelada por Dios, y pidió al Papa Urbano que la confirmara, como lo hizo. La fama de santidad daba á Brígida mucho crédito, y así envió á decir al Papa, por conducto del conde de Nola, que si emprendía el viaje no le acabaría; y luego entregó por escrito al cardenal de Beaufort la siguiente revelación para que la pusiera en manos de Su Santidad, manifestando que se la había hecho en Roma la Virgen Santísima: "La voluntad de Dios es que el Papa no salga de Italia: de lo contrario, si vuelve á Aviñon morirá al instante y dará cuenta á Dios de esta conducta." No habiendo querido el cardenal entregársela al Papa, se la entregó Brígida misma escrita de mano de su confesor el obispo de Jaen. De allí á poco marchó con su hija Catalina para hacer la peregrinacion de Jerusalem, y vuelta á Roma murió el 23 de Julio del año 1373 como á los setenta y dos de su edad. Al siguiente fué trasladado su cuerpo al monasterio de Vastein en Suecia, y bien pronto se hizo célebre su sepulcro por muchos milagros. Nos han quedado ocho libros de revelaciones de Santa Brígida.

A pesar de estas advertencias y profecías, el Papa salió de Montefiascone el 26 de Agosto, y llegó á Aviñon el 24 de Setiembre, é inmediatamente hizo los preparativos para ir en persona á negociar la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra; pero antes de poner por obra su plan, fué acometido de una grave enfermedad que en breve se declaró mortal, y dicen que el Pontífice prometió con voto volver á Roma si recobraba la salud. Añádese que llevado ante un altar de San Pedro mostró su arrepentimiento de haber vuelto á Aviñon, y declaró que la culpa era de aquellos que en cierto modo le habían obligado. Recibió los sacramentos con acendrada piedad, y murió el 19 de Diciembre de 1370. Sus eminentes virtudes le habían grangeado una fama de santidad que se justificó, á lo que aseguran, con los muchos milagros obrados en su sepulcro. A la austeridad juntaba una caridad sin límites, el amor á la oracion y al retiro, y un celo que se manifestó en muchísimas buenas obras. Ayunaba á pan y agua todos los miércoles, viernes y sábados. Edificó y dotó muchas iglesias, mandó levantar en Mompeller un monasterio en honor de San Benito, con rentas para sustentar una multitud de monges, y fundó en la misma ciudad un colegio para doce estudiantes de medicina. Durante su pontificado, mantuvo mil escolares en las universidades, y socorrió á muchas familias desgraciadas. Atento á desterrar los abusos de la curia romana, hacia despachar pronto los negocios, se mostraba el protector de los débiles, y cortaba los enredos y trampas de abogados y procuradores. Ejerció en especial su celo contra los concubinaros, usureros y simoniacos. Ultimamente, era tan desinteresado en lo que tocaba á su familia, que no quiso siquiera que su padre aceptase una renta de seiscientas libras que intentaba señalarle el rey de Francia por consideracion á su hijo.



S.ª BRIGIDA

Los cardenales entraron en cónclave el 29 de Diciembre, y al día siguiente eligieron como por inspiración al cardenal Rogerio de Beaufort, que tomó el nombre de Gregorio XI. Era sobrio de Clemente VI, y á la edad de diez y ocho años habia obtenido el capelo, juntamente con la colacion de varios beneficios, porque esta era la costumbre admitida para dar á los cardenales medios con que sustentar su dignidad. Se resistió mucho tiempo á la eleccion; pero al cabo las instancias de los cardenales triunfaron de su modestia. Como no era mas que diácono, fué ordenado sacerdote el día 4 de Enero y consagrado al siguiente. En el primer año de su pontificado hizo una promocion de doce cardenales, diez de ellos franceses, los mas lemosines y algunos parientes suyos. A los cuatro años nombró otros nueve, entre los cuales habia tambien tres de sus deudos. Era uno Geraldo Dupui, monge benedictino y gobernador de una parte de los Estados eclesiásticos, donde la dureza de su mando habia producido muchas rebeliones. Esta debilidad de Gregorio XI en favor de su familia fué una especie de lunar en su vida: siempre tuvo al lado á su padre, á sus hermanos y sobrinos, y por deferencia á las recomendaciones de éstos, nombró á veces sujetos que no tenian todo el mérito apetecible. Pero en lo demas se mostró digno del pontificado, por su celo, piedad y demas virtudes.

Nicolás Eymeric, inquisidor en Aragon, le escribió que Juan de Laune y algunos otros religiosos franciscanos habian predicado muchas veces en sus sermones que si la hostia consagrada caia en la inmundicia, desaparecia el cuerpo de Jesucristo y volvía la sustancia de pan: que lo mismo sucedia si un animal roía la sagrada hostia; y por último, que cuando se traga esta en la comunión, sube al cielo el cuerpo de Jesucristo y no pasa al estómago. El Papa Gregorio prohibió, pena de excomunion, enseñar esta doctrina, y encaró á dos cardenales la notificacion de este rescripto, cuya fecha es de Agosto de 1371. En Alemania, Alberto, obispo de Alberstadi, defenia que todo sucede en este mundo por necesidad; que el destino determina la vida y la muerte de cada hombre; y que todo depende de las influencias celestes, de suerte que no servia de nada deliberar ni orar. Esta era una consecuencia de la astrologia judiciaria entonces muy en boga; y como aquel obispo era doctor de Paris, sus discursos hicieron mucha mella especialmente en los nobles que tomaron ocasion de ahí para despreciar las buenas obras y las prácticas de la religion. Informado el Papa de tal escándalo, nombró comisarios en Marzo de 1372 para obligar al obispo á que se retractara públicamente y declarara ante el pueblo y el clero que aquella doctrina era herética. A los pocos meses escribió á los obispos de Sicilia que reprimiran con censuras, y en caso necesario, con el auxilio del brazo secular los atentados de algunos sectarios, que veneraban como santos á ciertos discípulos de Dulcino y hermanos de la vida pobre, guardaban sus huesos como reliquias y le-

Los cardenales entraron en cónclave el 29 de Diciembre, y al día siguiente eligieron como por inspiración al cardenal Rogerio de Beaufort, que tomó el nombre de Gregorio XI. Era sobrio de Clemente VI, y á la edad de diez y ocho años habia obtenido el capelo, juntamente con la colacion de varios beneficios, porque esta era la costumbre admitida para dar á los cardenales medios con que sustentar su dignidad. Se resistió mucho tiempo á la eleccion; pero al cabo las instancias de los cardenales triunfaron de su modestia. Como no era mas que diácono, fué ordenado sacerdote el día 4 de Enero y consagrado al siguiente. En el primer año de su pontificado hizo una promocion de doce cardenales, diez de ellos franceses, los mas lemosines y algunos parientes suyos. A los cuatro años nombró otros nueve, entre los cuales habia tambien tres de sus deudos. Era uno Geraldo Dupui, monge benedictino y gobernador de una parte de los Estados eclesiásticos, donde la dureza de su mando habia producido muchas rebeliones. Esta debilidad de Gregorio XI en favor de su familia fué una especie de lunar en su vida: siempre tuvo al lado á su padre, á sus hermanos y sobrinos, y por deferencia á las recomendaciones de éstos, nombró á veces sujetos que no tenian todo el mérito apetecible. Pero en lo demas se mostró digno del pontificado, por su celo, piedad y demas virtudes.

Nicolás Eymeric, inquisidor en Aragon, le escribió que Juan de Laune y algunos otros religiosos franciscanos habian predicado muchas veces en sus sermones que si la hostia consagrada caia en la inmundicia, desaparecia el cuerpo de Jesucristo y volvía la sustancia de pan: que lo mismo sucedia si un animal roía la sagrada hostia; y por último, que cuando se traga esta en la comunión, sube al cielo el cuerpo de Jesucristo y no pasa al estómago. El Papa Gregorio prohibió, pena de excomunion, enseñar esta doctrina, y encaró á dos cardenales la notificacion de este rescripto, cuya fecha es de Agosto de 1371. En Alemania, Alberto, obispo de Alberstadi, defenia que todo sucede en este mundo por necesidad; que el destino determina la vida y la muerte de cada hombre; y que todo depende de las influencias celestes, de suerte que no servia de nada deliberar ni orar. Esta era una consecuencia de la astrologia judiciaria entonces muy en boga; y como aquel obispo era doctor de Paris, sus discursos hicieron mucha mella especialmente en los nobles que tomaron ocasion de ahí para despreciar las buenas obras y las prácticas de la religion. Informado el Papa de tal escándalo, nombró comisarios en Marzo de 1372 para obligar al obispo á que se retractara públicamente y declarara ante el pueblo y el clero que aquella doctrina era herética. A los pocos meses escribió á los obispos de Sicilia que reprimiran con censuras, y en caso necesario, con el auxilio del brazo secular los atentados de algunos sectarios, que veneraban como santos á ciertos discípulos de Dulcino y hermanos de la vida pobre, guardaban sus huesos como reliquias y le-



vantaban capillas en su honor, donde se reunian multitud de aque-
 los para celebrar su fiesta, y celebraban sus cultos con gran pompa.
 Al año siguiente con motivo de los procedimientos decretados por
 Carlos V contra los tulupinos, escribió el Papa una carta á este
 príncipe, en la que se ven las dificultades y obstáculos que encen-
 traba desde entonces el ejercicio de la inquisicion en Francia. «He-
 mos sabido que en el Delphinado y lugares comarcanos hay multi-
 tud de valdenses, y que muchos oficiales vuestros lejos de apoyar
 á los inquisidores como debieran, coartan las facultades de su mi-
 nisterio, les señalan lugares poco seguros, no les permiten proceder
 sin el juez segral ó los obligan á enseñarles sus procedimientos, dan
 libertad á los que han preso los inquisidores como hereges y sospe-
 chosos, y por último, refusan prestar el juramento de purgar el pais
 de hereges segun está mandado por derecho.» El Papa exhorta al
 rey que remedie estos desórdenes. Los tulupinos que se llamaban
 la sociedad de los pobres, eran un rústago de la secta de los begar-
 dos, y tenían por principio que no debe uno avergonzarse de nada
 de lo que es natural, so color que la naturaleza es obra de Dios.
 Descubrian, pues, su desnudez, cometian torpezas en público, y ten-
 nian comercio entre sí indistintamente como los brutos. En París
 fueron quemados en el mercado de los cerdos sus vestidos y libros,
 y dos hereges de los primeros que habian separeido esta infame doc-
 trina: el mismo castigo sufrieron otros varios en diferentes lugares,
 y no tardó en destrauerse la secta.
 Por esta misma época dió Gregorio XI orden de prender á Arn-
 naldo Montaner, religioso franciscano de Cataluña, el cual ademas
 de los errores de los llamados espirituales tocante á la pobreza de
 Jesucristo, enseñaba que no podia condenarse ninguno de los que
 vestian el hábito de San Francisco. En el mismo año escribió tam-
 bien el Papa al dux de Venecia para la extincion del cisma en la isla
 de Candia que pertenecia á los venecianos. Se habia prohibido admi-
 tiren ella á ningun obispo cismático, ni dejar salir á ningun cismáti-
 co para que fuera á ordenarse á otra parte; pero como se habia no-
 tado relajacion en este último punto, exhortaba el Papa al dux que
 hiciera observar rigurosamente dicha prohibicion. Lo mismo habia
 encargado Urbano V á los obispos de Candia, mandándoles quitar
 las licencias de confesar y predicar, y aun las de celebrar, á todo
 sacerdote griego que no siguiese el rito latino. Poco tiempo despues
 los religiosos dominicos enviados á Armenia por el Papa Gregorio,
 tuvieron una conferencia sobre el cisma con Juan Cantacuzeno, an-
 tes emperador de Constantinopla, quien reconoció expresamente
 que la Iglesia romana tiene la primacia sobre todas las del mundo,
 y añadió que expendia su vida si fuese necesario por defender la
 verdad. Habiéndolo sabido el Papa, le manifestó su contento por
 una carta, escrita en el año 1375, en la que le exhortaba á valerse
 de la influencia que le daban sus luces y fama para procurar la reu-
 nion de la Iglesia griega con la Santa Sede.

Como los religiosos de San Francisco continuaban recogiendo
 mucho fruto en Bulgaria y las provincias confinantes, pidieron al
 Papa autorizacion para fundar varios conventos de su orden, y lo
 consiguieron en el año 1372. No obstante, habia en aquellas regio-
 nes algunos cristianos apóstatas que se hacian musulmanes, ó que
 despues de aceptar el bautismo volvian á la secta de Mahoma; y el
 Papa mandó á los inquisidores que procedieran contra ellos, como
 contra los hereges. De allí á dos años escribió al arzobispo de Gnes-
 ne denunciando tambien procedimientos criminales contra Miliczka
 canónigo de Praga, quien despues de haber predicado algunas he-
 regias en Bohemia, habia pasado á Polonia á difundirlas. Al mis-
 mo tiempo exhortó al emperador Carlos, rey de Bohemia, que co-
 operara á las pesquisas de los jueces contra los secuaces de aquel
 herege. Entonces se veia turbada la Polonia por la faccion del mon-
 ge Ladislao, pariente del rey Casimiro, á cuya muerte pretendia
 aquel tener derechos á la corona. Habíase dado ésta al rey Luis
 de Hungría como hijo de la hermana de Casimiro, el cual murió
 sin sucesion; pero Ladislao, que habia salido de Polonia cerca de
 cuarenta años antes para abrazar la vida monástica en San Benigno
 de Dijon, fue inducido por algunos señores para que pasase á tomar
 posesion del reino, y teniendo á la ambicion, pidió la dispensa de
 sus votos al Papa Gregorio. Aunque no pudo obtenerla, no dejó de
 marchar á Polonia, en donde ocupó al principio algunas fortalezas,
 y sostuvo la guerra por cierto tiempo; pero luego tuvo que someterse
 se y avenirse con el rey Luis, quien le dió una suma cuantiosa y
 una pingüe abadía. Ladislao la poseyó algunos años y luego vol-
 vió á sul monasterio de San Benigno á hacer penitencia. Poco tiem-
 po despues, á petición del rey Luis, envió Gregorio XI una metro-
 poli en Haliiz, y varios obispos para los muchos católicos que ha-
 bían en las provincias conquistadas por el rey Casimiro á la Rusia.
 Los valdenses y otros hereges se fortificaban cada vez mas, en
 Saboya y el Delphinado por la negligencia de los magistrados, y la
 protección de algunos señores, y cobraron tanta audacia, que el do-
 mingo de Guasimodo del año 1375 mataron públicamente en una
 parroquia de la diócesis de Turin á un inquisidor que acababa de
 decir misa y predicar contra los hereges. Otro habia sido muerto
 en Susa el día de la Candelaria en el convento de los dominicos.
 Enterado el Papa de estos crímenes, dió nuevas quejas al rey Car-
 los sobre los contrabandos oficiales de éste, escribió al conde de Saboya y al ge-
 bernador del Delphinado, y decretó una exaccion de subsidios por
 cinco años en las provincias de Arlés, Aix, Embrun, Viena y Tar-
 rantes, para los gastos de los procedimientos contra dichos hereges.
 Los inquisidores prendieron tantos, que hubo que construir muchas
 cárceles. Por esta misma época hizo el sumo Pontífice algunas
 amonestaciones al rey Carlos contra la costumbre bárbara de negar
 á los reos condenados á muerte. Al año siguiente publicó

Tox. IV.

una bula en que condenaba como heréticos ó erróneos mas de doscientos artículos sacados de las obras atribuidas á Raimundo Lulio; pero se cree que la mayor parte no son del célebre franciscano de este nombre, sino de otro Raimundo Lulio, judío de origen, que aun despues de bautizado sostenia que la ley de Mahoma era tan buena como la de Jesucristo, y que se podía negar á Dios en público con tal que se le adorase en el corazon.

Gregorio XI dió diferentes medidas para atajar los progresos de los turcos: mandó predicar la cruzada en Hungría; escribió al emperador de Alemania, y trató de formar alianza entre el de Constantinopla y los occidentales. También hizo todos los esfuerzos posibles para restablecer la paz entre los príncipes cristianos, y especialmente entre los reyes de Francia é Inglaterra. Obligó á la reina de Nápoles á prestar homenaje á la Santa Sede, y confirmó con algunas variaciones, el tratado de paz que habian ajustado esta princesa y Federico de Aragon, rey de Sicilia. Como los Visconti de Milán fomentaban ó excitaban á la rebelion en los dominios de la Iglesia para extender sus usurpaciones, el Papa publicó algunas censuras contra ellos, prohibió contraer alianza ó matrimonio con los mismos, pena de nulidad, declaró á sus súbditos absueltos de todo juramento de fidelidad, y logró con sus exhortaciones á los príncipes y prelados renir muchas tropas, cuyo mando dió al conde de Saboya. Bernabé Visconti envió proposiciones de paz despues de sufrir algunos reveses; pero el Papa respondió que no se debía hacer ningun caso de las promesas de un hombre fanfarroneso.

A poco tiempo se coligaron los florentinos con varias ciudades de los Estados de la Iglesia para sustraerse de la dominacion temporal de la Santa Sede, y pusieron en pié un ejército en cuya bandera se leia la palabra *libertad*, escrita en letras gordas. Los oficiales del Papa fueron muertos ó expulsos casi en todas partes, y los legados mismos presos y despojados de sus bienes. Informado Gregorio XI de esta rebelion, entabló diversos procedimientos contra los florentinos, y por fin, en el mes de Abril de 1376 publicó una bula en que los excomulgaba y entredecía, prohibia todo tráfico con ellos, bajo estas mismas penas, los privaba de toda autoridad y privilegio; suprimia su universidad, y declaraba abandonados sus bienes y personas á quien quisiera ocuparlos. Esta sentencia se cumplió en Inglaterra y otras partes contra los florentinos allí residentes. Al mismo tiempo envió el Papa á Italia al cardenal Roberto de Ginebra con tropas para reducir las ciudades que no habian entrado aún en la liga. Entonces los florentinos, viendo arruinado su comercio, resolvieron pedir la paz y enviaron al Papa embajadores, á quienes se adelantó Santa Catalina de Sena. Nació ésta en dicha ciudad el año 1347, y era hija de un tintorero; pero juntaba á sus eminentes virtudes un talento aventajado, un carácter muy enérgico y un

elevado, mucha discrecion, y sobre todo una imaginacion asombrosamente viva, que hacia tan activo como impetuoso su celo. Desde su juventud se distinguió por su fervorosa piedad, y hacia la edad de veinte años entró en la tercera orden ó instituto de religiosos penitentes de Santo Domingo; entonces redobló sus austeridades, ayunos y vigiliat, se dió á una oracion casi continua en el silencio y retiro, y no tardó en ser célebre por las gracias extraordinarias con que la favoreció el cielo. El Papa Gregorio, á quien habia escrito ella muchas cartas elocuentísimas, exhortándole á que volviera á Roma, la recibió con las mayores muestras de afecto, y declaró que dejaba en sus manos el arreglar las condiciones de la paz; pero le predijo que la engañarian los florentinos. En efecto, quando llegaron los diputados de éstos, no quisieron tratar con Catalina; y así la negociacion no dió ningun resultado.

Poco tiempo antes habia muerto San Andrés Corsino, tan célebre por sus virtudes como por sus milagros. Era natural de Florencia y de una familia ilustre, y sus padres le habian consagrado á Dios antes que naciese; mas su conducta en la juventud no correspondió al pronto á las piadosas intenciones de aquellos. A la edad de doce años manifestó un carácter iracundo, que fué en aumento hasta el extremo de injuriar á su madre; pero las amonestaciones que ésta le hizo declarándole su voto, determinaron al punto á Andrés á convertirse. Al dia siguiente se presentó en el convento de las carmelitas, donde fué admitido con el consentimiento de sus padres, y bien pronto se distinguió por su fervor y humildad. Como éstos parecia que se avergonzaban de verle pedir limosna con las alforjas al hombro por las calles de Florencia, les respondió el que su gloria estaba en observar así la regla de su orden. Los superiores le enviaron á Paris á concluir los estudios, y á la vuelta, pasando por Aviñon, curó á un ciego con sus oraciones. Entero que regresó á Florencia, fué nombrado provincial de Toscana; y á poco electo obispo de Fiéssoli; pero se sobresaltó tanto en modestia que huyó y se retiró con el mayor sigilo á la Cartuja. Infinites fueron las diligencias en busca suya, y ya se iba á proceder á otra eleccion, quando guió un niño: Andrés debe ser obispo id á los cartujos y le encontrareis. Andrés gobernó la Iglesia de Fiéssoli veintitres años, y fué admirable por todas las virtudes episcopales, y sobre todo por su caridad para con los pobres. Murió en 1373, y le canonizó Urbano VIII en el siglo XVIII.

Como la falta de residencia de los prelados parecia hacerse de costumbre, el Papa Gregorio, queriendo remediar este abuso, publicó en Marzo de 1375, una constitucion, en que se mandaba á todos los obispos, abades y demas prelados restituirse á sus Iglesias dentro

(1) Con. Nang.—S. Anton. Chron.—Eymeric. Direct. inquisit.—Walsh.—Raim.—Vit. Greg.

tro de dos meses, y residir puntualmente en ellas, sin exceptuar mas que á los cardenales, los cuatro patriarcas cuyas sillas estaban en pais de infieles, los legados, nuncios y otros oficiales nombrados por el Papa. De allí á poco habiendo visto á un obispo que residia aun en Avinion, le dijo: "¿Qué hacéis aquí? ¿por qué no vais á nuestra Iglesia?" Y respondió el obispo: "Santísimo Padre, ¿y por qué no va tambien V. Santidad á su silla, que es tan rica y tan magnífica?" Esta respuesta acabó de confirmarle en la resolución que tenia de marchar á Roma. Ya hacia algunos meses que habia escrito al emperador, al rey de Francia y á los otros príncipes cristianos, participándoles que pensaba partir en aquel mismo año 1377, pero con la esperanza de ajustar las paces entre Francia é Inglaterra, dilató el viaje para el año siguiente. La rebelion de las ciudades de Italia y las noticias recibidas de Roma, fueron otro motivo para no andar en mas tardanzas. En efecto, por Agosto de 1376 llegaron dos embajadores á Avinion para suplicarle que fuera á residir en Roma con su corte, y declararon que si aquel paso era infructuoso, habian resuelto los romanos nombrar otro Papa que residiese entre ellos, porque quieren, añadieron los enviados, tener el Papa en Roma, ya que es el Pontífice romano. Al mismo tiempo el cardenal de San Pedro, legado en Roma, fué precisado á escribir á Su Santidad, que si tardaba en ir habria escándalo; y después se supo que los romanos habian puesto los ojos en el abad del monte Casino para hacerlo anti-papa, y que él habia aceptado las proposiciones. Así Gregorio dispuso lo necesario para la partida; y aunque intentó estorbarla el rey de Francia, enviando su hermano el duque de Anjou, fueron inútiles todos sus esfuerzos apoyados por los cardenales. El duque dijo al Papa al tiempo de despedirse: "Santísimo Padre: V. Santidad va á un pais donde no es muy amado; y si muere allí, como es muy probable, los romanos serán dueños de los cardenales y harán á la fuerza que salga un Papa á su gusto."

Al fin, el día 13 de Setiembre se partió el Papa Gregorio de Avinion con los mas de los cardenales, y embarcándose en Marsella, arribó primero á Génova donde descansó algunos dias, luego tocó sucesivamente en Pisa, Piombino y Corneto, y entró en Roma el 17 de Enero de 1377, entre un gentío inmenso que habia salido á recibirle. Atravesó toda la ciudad con este acompañamiento, y á la caída de la tarde fué á la Iglesia de San Pedro donde se habian encendido todas las lámparas, que pasaban de ocho mil, segun se dice. Tres cardenales que esperaban al Pontífice en Roma, habian ajustado en Diciembre una capitulacion con los romanos, por la qual prometian éstos restituir al Papa el pleno señorío de la ciudad en cuanto llegase á Ostia, y poner tambien desde aquel instante bajo la custodia y disposicion del cardenal de San Pedro las puertas, puentes y torres, y toda la parte de alla del Tiber. El Papa, en

virtud de esta capitulacion, debia conservar la compania de sus oficiales de justicia con los emolumentos que se les satisficieron del tesoro de la ciudad; pero ellos debian tambien prestar juramento de fidelidad al Pontífice.

En Mayo del año 1377, informado Gregorio de que Wicief, doctor en teologia y cura de Luthelwort en la diócesis de Lincoln, reñia vaba los errores de Marsilio de Padua, y aun añadia otros, escribió al arzobispo de Cantorbery y al obispo de Londres que procedieran contra aquel sectario, le prendieran y le tuvieran en la cárcel si era convenido de dichos errores, y después de tomarle declaracion, enviarian los autos del proceso á la Santa Sede. Al mismo tiempo escribió al rey Eduardo, exhortándole á que apoyara á los dos preladados; tambien mandó á la universidad de Oxford, que entregara á estos la persona de Wicief y atajara los progresos de sus errores que no debiera haber tolerado tanto tiempo. A estas cartas acompañaban diez y nueve proposiciones atribuidas á Wicief, siendo las principales, que las leyes humanas no pueden establecer el derecho hereditario perpetuo; que los príncipes pueden legitimamente quitar sus temporalidades á una Iglesia culpable, y que es hasta una accion meritoria el hacerlo; que no puede nadie ser excomulgado á ligazón con otras censuras, si no empieza uno por excomulgarse á sí mismo; de suerte, que no puede serlo sino por cosas que interesen á la causa de Dios; que el Papa y los pastores no atan ni desatan sino en cuanto se conforman con las leyes del Evangelio; que Jesucristo no dio á la Iglesia el ejemplo ni la potestad de emplear la excomunion ni las censuras para alcanzar bienes temporales; que todo sacerdote ordenado legitimamente tiene suficiente potestad de conferir todos los sacramentos, y por consecuencia, de absolver de cualquier pecado á quien tiene contricion; por último, que todo eclesiástico y el Papa mismo puede ser acusado y corregido por sus inferiores y por los seglares. Las otras proposiciones reproducian en su mayor parte los mismos principios en otros términos.

Wicief, autor de estas heregias, nació en la diócesis de York por los años de 1324, y estudió con bastante incimiento en Oxford. Habiendo defendido con mucho calor las reclamaciones del rey Eduardo y del parlamento de Inglaterra acerca de la colacion de beneficios por la curia romana, se ganó poderosos protectores y obtuvo una cátedra de filosofia en la universidad de Oxford. Sus dichos satíricos contra el Papa, el clero y los monjes, atraieron considerable influencia á su clase. Luego logró que le nombraran director de un colegio fundado en Oxford para los clérigos de Cantorbery; pero como este empleo debia proveerse en un religioso, se lo quitaron en breve, y el Papa Urbano V confirmó esta resolusion. Entonces Wicief, instigado por la venganza y contando con la proteccion del rey de Inglaterra, empezó á combatir abiertamente la autoridad del Sumo Pontífice y la jurisdiccion de la Iglesia. Esta

era el objeto principal de las proposiciones denunciadas á Gregorio XI según acabamos de ver. Pero no paró ahí el novador; como los errores hacen más de otros, la manía de dogmatizar y la necesidad de halagar las pasiones para adquirir partidarios, le precipitaron poco á poco á sostener escandalosas impiedades y doctrinas sediciosas, cuyas lamentables consecuencias se verá bien pronto (1). El rey Eduardo III murió antes de recibir las cartas del Papa Gregorio el 21 de Junio de 1377. Hasta lo último no se separó de él una fatal conenbina, que viéndole en el trance final, le quitó hasta los anillos de los dedos, y luego le abandonó y le dejó morir sin sacramentos. Sucedió á Eduardo su nieto Ricardo II, que solo contaba once años de edad, bajo la regencia del duque de Lancaster, protector declarado de Wiclef. Entre tanto, el arzobispo de Cantorbery mandó examinar la doctrina del novador, conforme á los rescriptos pontificios, y le emplazó ante su tribunal. Wiclef se presentó acompañado del duque de Lancaster y del conde de Percy, gran mariscal de Inglaterra, trató de explicar sus proposiciones con sutilezas, pero sin retractar ninguna, y habló largamente del abuso de las censuras y de los bienes eclesiásticos. Su hipocresía y sus discursos artificiosos engañaron á los jueces, los cuales se contentaron con aquellas explicaciones y le dejaron libre imponiéndole silencio, que él prometió guardar. Mas no tardó en comenzar de nuevo sus declamaciones con mas furia, y combatió los dogmas mas esenciales de la religion y hasta los fundamentos del orden social. Uno de los errores capitales de Wiclef es afirmar que todo sucede por necesidad: que Dios mismo no es libre: que ha producido por una determinacion necesaria todo cuanto existe, y no puede producir otra cosa: que todos los pecados que se cometen en el mundo son necesarios ó inevitables: que Dios determina y fuerza los nombres al mal lo mismo que al bien, de suerte que no pueden haber otra cosa de lo que hacen, es decir, que hace á Dios autor y apremiador de todos los crímenes. Ademas, previendo las consecuencias de esta doctrina abominable, no vacila en aprobarlas. Es verdad que no se atreve, dice él, á incitar á los hombres á pecar, enseñando que esto es agradable á Dios; pero añade, que si no se le dan mejores razones que las que se emplean, se confirmará en su opinion sin decir palabra. Se concibe á vista de tan horribles blasfemias, esa afectacion de falsa piedad, que le movia á ejemplo de los valdenses á declamar contra el lujo y las riquezas, hacer alarde de una pobreza hipócrita, negar á los ministros de la religion el derecho de poseer bienes temporales, y sostener que el efecto de los sacramentos debe depender del mérito y santidad de los que los administran, como si la virtud y la santidad pudieran ser mas que palabras en este sistema de fatalidad absoluta? Pero ese era el

(1) Véase el capítulo de Wiclef en el tomo III de la obra de Wiclif, y el capítulo de Wiclif en el tomo III de la obra de Wiclif.

medio de granjearse patronos y sectarios; porque afirmando que el Papa y los preladados pierden su jurisdiccion y todas sus facultades espirituales cuando viven mal, y que es un crimen en los eclesiásticos poseer temporalidades, y un deber para los principes despojarlos de ellas y reducir así á la condicion ordinaria tantas fincas vacantes en manos inertes; estaba bien seguro de ganarse la proteccion de los gobernantes, cuya autoridad, á las veces arbitraria, se veia coartada por la del clero, y el favor de los grandes que habiendo usurpado los bienes de la Iglesia despreciaban las censuras fulminadas contra ellos. Tambien halagaba por este medio las ideas y pasiones de los antiguos valdenses, que se habian diseminado en Inglaterra bajo el nombre de *tolardos*, y ampliaron unos errores en que veian reproducidas la mayor parte de sus máximas. Últimamente, lo que acabó de seducir al pueblo es el principio absurdo y detestable que un rey cesa de serlo por un pecado mortal, y que en general la santidad de vida es la condicion necesaria de un derecho enajeniera, aun el de propiedad. Ademas, clamaba con violencia contra el tributo del dinero de San Pedro, y no contento con combatir la posesion de bienes por parte del clero, sostenia, que ni los diezmos eran un derecho, sino una limosna, de que podian privar los pueblos á los pastores que vivian mal. Fuera de estos errores enseñaba Wiclef que la Iglesia romana no tiene ninguna superioridad sobre las otras: que el Papa debe su poder á la concesion de los emperadores; que los sacerdotes son en un todo iguales á los obispos; que no se debe hacer caso de las decretales y cánones; y que si las leyes humanas no están fundadas en la Sagrada Escritura, no hay obligacion de obedecerlas. Tratada de Anicorsto al sumo Pontífice, y aplicada á la Iglesia romana las mismas odiosas calificaciones que los valdenses y demas sectarios de la época. Enseñaba que las órdenes religiosas, mendicantes ó no mendicantes, eran una invencion de Satanás, y que cualquiera que entraba en un instituto ó congregacion particular, se separaba por este solo hecho de la sociedad cristiana. Sostenia que los obispos y sacerdotes no podian administrar válidamente los sacramentos estando en pecado mortal; negaba la necesidad del bautismo, y deseaba la confirmacion, la presencia real ó á lo menos la transustanciacion en la Eucaristía, la confesion, la extremacion, la necesidad de intervenir el sacerdote ó de celebrarselos ninguna. ceremonia para el matrimonio, pretendiendo que se contraia por solo el consentimiento de los esposos, y que no podia anularse los impedimentos establecidos por los cánones. Finalmente, despreciaba las indulgencias; el culto de los santos y sus reliquias, las oraciones por los difuntos, la obligacion de guardar las fiestas, y en general todas las ceremonias de la Iglesia. Fue, pues, el precursor de los protestantes y anabaptistas en casi todo, y dió como ellos el ejemplo de multiplicadas variaciones; porque en algunos extractos de